

MARIANO AZUELA (1873-1952)

Mariano Azuela pertenece a una sólida estirpe mexicana de médicos escritores. Con igual dedicación cultivó las letras y la medicina, pues se recibió de médico cirujano en la ciudad de Guadalajara. Oriundo de Lagos de Moreno, volvió a su pueblo natal donde estableció una farmacia. Se inició con una serie de artículos titulados “Impresiones de un estudiante”, los cuales aparecieron en 1896 en un periódico de la capital mexicana, y que serían el germen de su primera novela, *María Luisa*, aparecida en 1896. Su novela *Mala yerba* (1909) denuncia la corrupción de las autoridades campesinas. En *Andrés Pérez, maderista* (1912) describe los intersticios y coruptelas de la naciente revolución.

Al estallido del movimiento revolucionario se dio de alta como médico en las tropas de Julián Medina. Estas experiencias nutrieron la que sería su novela más importante, *Los de abajo*, que inicialmente apareció por entregas en *El Paso del Norte*, en 1915. Fue uno de los miembros fundadores de El Colegio Nacional.

La novela *Nueva burguesía* apareció en 1941. A través de la vida cotidiana de los obreros en la Ciudad de México, el autor describe su nueva educación urbana, en una época inmediatamente posterior a las conquistas laborales del cardenismo. La solidaridad y la traición, los momentos de esparcimiento y la conquista de la calle por parte de las manifestaciones que apoyan la candidatura opositora de Juan

Andreu Almazán, quien disputaba la presidencia a Manuel Ávila Camacho durante las elecciones para 1940, alternan en una novela desarrollada alrededor del barrio de Nonoalco. El primer capítulo, aquí incluido, abre con el flujo de los personajes que habrían de aparecer a lo largo de la novela, hacia la manifestación de apoyo a Andreu Almazán, el 27 de agosto de 1939.

En carta dirigida al Club del Libro de Buenos Aires, el 6 de diciembre de 1939, el autor advierte: Me propongo hacer un bosquejo de un nuevo tipo producido por la revolución social en mi país. Arranca de las masas íntimas del proletariado, tiende inconsciente o conscientemente al tipo burgués, pero sin lograr aún definirse ni cristalizar en algo permanente. De estos tipos está formada una nueva clase privilegiada que es la de los trabajadores bien remunerados, una pequeñísima minoría en relación con la masa que sigue viviendo en la miseria anterior a los tiempos de la Revolución. Ferrocarrileros, impresores, mecánicos, etcétera, en rudo contraste con los que se aferran a su trabajo individual y que se agotan en su pobreza, desmedrados totalmente por el gobierno y los sindicatos.

La nueva burguesía hace la declaración de principios de su ejercicio urbano. Aunque los personajes participan conformando un capítulo cada uno, el gran protagonista de la novela es la ciudad de los obreros, que incluso en la vecindad de Nonoalco, donde habitan, establece una jerarquía: “Ocupada por obreros, choferes, ferrocarrileros, mecánicos, constaba de doce buenos departamentos sobre el patio central, cuarenta vivienditas en los cuatro largos y angostos pasillos que la cruzaban”. Acusado de asesinato, uno de los personajes declara ante el juez: “Profeso el socialismo radical y, por tanto, si hubiera sospechado las relaciones de mi mujer con mi amigo Tito, todo se habría arreglado sin choque, en la forma más conveniente y conservando nuestras buenas relaciones”.

MARIANO AZUELA • 75

NUEVA BURGUESÍA¹
(FRAGMENTO)

*...Si ton néant te suffit, tu n'es q'un mensonge pour toi même;
et tout le reste avec toi. Tu n'as rien parce que tu n'as été.*

ANDRÉ SUARÈS

Vamos a la manifestación

El agente de publicaciones, desnudas las corvas, en bata mugrienta y húmeda todavía, se estaba afeitando frente a un espejito oval colgado de un barrote de su ventana, cuando entró Emmita a convidarlo a la manifestación.

—Yo no voy a eso —le respondió con aspereza—, el general Almazán es el candidato de los reaccionarios.

El agente era comunista, pero Emmita sospechó que otra era la razón por la que se excusaba. Sin perder, pues, el tiempo, envuelta aún en su abrigo de estambre color de perico, despeinada y en chanclos, fue a buscar al garrotero del 35.

—Zeta López, ¿me llevas a la manifestación?

—Sí, Emmita, ¿cómo no? Francamente, Almazán no me importa poco ni mucho, pero pertenezco a la sección dieciséis y soy disciplinado. Además, dicen que va a haber borlote, y eso es cosa que me entusiasma.

Emmita no se inmutó. Zeta López quería amedrentarla. Pero era más manso que un corderito.

—Está bien. Déjame ir a tomar mi café, a ponerme mis medias de seda y mis choclos nuevos y en seguida vengo por ti.

Se llamaba Juan Z. López, era garrotero de las Líneas Nacionales, ganaba ochenta y hasta cien pesos semanales; aparte de lo que le dejaba de rentas una casa de productos en la colonia Peralvillo. Tenía fama de ser muy avaro y así se explicaba que ocupara una de las más modestas viviendas del último pasillo, en el fondo de la casona, casi enfrente de las Escamillas del 40.

¹ Mariano Azuela, *Nueva burguesía*, México, FCE, 1993.

Aseguraba que los problemas internacionales tenían para él más interés que los del país; era de los admiradores más fervientes del señor Benavides, linotipista de los Talleres Gráficos de la Nación, con veinte pesos diarios y un concepto exacto y racional del Universo.

Pedroza, fogonero de su misma tripulación, aseguraba que a Zeta López le importaban un pito los asuntos internacionales y los del país, que no tenía más amor en la vida que el de los viles centavos y que no quería arriesgar su esperado ascenso a fogonero, comprometiéndose en un partido político execrado por la Confederación de Trabajadores de México (CTM) a la que pertenecía y que era el factótum en los sindicatos.

También el señor Campillo, maquinista de la línea México-Uruapan, inquilino del uno, el departamento de más lujo en la vecindad, dijo que concurriría a la manifestación, sin explicar más porque de suyo era retraído y de pocos amigos.

La señorita Angelita, del 22, salió de las primeras, conduciendo de un brazo a su tío, un viejo ex-militar villista con una pierna baldada.

Era ello un caso de enajenación mental colectiva. Regularmente los domingos, a esa hora, los inquilinos salían regocijados y con mucha alharaca a sus excursiones campestres, llevando sendos sacos de papel o de ixtle, repletos de comestibles; pero ese domingo 27 de agosto del 39 nadie hablaba sino de la gran manifestación que el pueblo metropolitano preparaba al general Almazán, candidato de los opositores al gobierno de Lázaro Cárdenas, y nadie quería privarse de un espectáculo que tenía ya su grano de sal y del que se esperaba *algo*. Por ejemplo, los diputados y senadores, alarmados por la popularidad del candidato enemigo, en mítines, banquetes, francachelas y en las mismas cámaras, habían amenazado al pueblo con una carnicería. Uno dijo que él, personalmente, disolvería a pedradas la manifestación, otro excitó a sus colegas a concurrir al acto con sus armas bien engrasadas, debidamente respaldados por sus pistoleros (doscientos por cabeza), además de los millares de obreros militarizados de la CTM.

El agente de publicaciones elogió la conducta de los padres de la patria, pero Pedroza respondió muy indignado:

—Si esos borrachines están en su perfecto derecho para destaparle el trasero al Gobierno y sus cobas de democracia, no lo están para poner en ridículo al país.

No obstante su oposición ideológica, eran amigos. Discutían siempre y acababan siempre brazo con brazo en la cervecería, en el “caba-ret” o en la cantina.

Como Emmita lo sospechó, el agente sí concurrió a la manifestación, pero no con ella, sino con otras muchachas con quienes estaba comprometido. Lo vio salir con Pedroza, los dos de vestidos nuevos muy bien planchados, choclos brillantes y el pañuelo asomando bajo la solapa.

—¡Verás qué morenazas!

Salieron cuando las Escamillas subían en un vetusto Cádillac, hablando a gritos y atrayendo la atención con sus maneras escandalosas.

Era una familia de obreras de La Perla, fábrica de galletas y pastas de sopa. Habitaban el 40, el fondo del último patio, a inmediaciones de los excusados.

Esta vecindad era una de las más grandes de la calzada de Nonoalco, en la cercanía de Buenavista, estación de los Ferrocarriles Nacionales de México. Ocupada por obreros, choferes, ferrocarrileros, mecánicos, constaba de doce buenos departamentos sobre el patio central y cuarenta vivienditas en los cuatro largos y angostos pasillos que lo cruzaban.

—Ya verás cómo no vamos a poder llegar ni a los andenes. ¡Mira nomás qué gentío! —dijo Emmita, colgada del brazo de Zeta López.

Entraron por la gran puerta de Nonoalco, en parejo de la calle del Olivo. La mañana era clara y luminosa, pero el humo desparramado en los patios por las altas chimeneas enfiladas de la Casa Redonda, la multitud de locomotoras encendidas y el polvo levantado por coches, camiones y motos en la calzada, enturbiaban el alegre hormigueo de la gente, rumbo a Buenavista.

Las mujeres, vestidas de colores claros y brillantes, atravesaban entre un vaivén de vehículos, ágiles y tranquilas como si caminaran por un bosque.

El garrotero Zeta López, sin responder, seguía andando, abriéndose paso a empujones. Pasaron cerca de unas barracas de tabloncillos húmedos, podridos y mal ajustados, de techos de láminas enmohecidas y agujereadas. Rieleros astrosos, peones de albañil y trabajadores de salario mínimo, de pie, almorzaban escamocha. Una vieja alta y reseca como grulla se las servía de una enorme cazuela de barro.

—Que no nos vea —dijo Emmita, escondiéndose tras del garrotero.

Pero ya el cabo de cuadrilla los había reconocido:

—Camarada, espérenme, que yo voy también.

Devolvió un plato de peltre desportillado, luego de limpiarlo con un pedazo de tortilla que se llevó a la boca, y vino a alcanzarlos; Zeta López le tendió la mano y Emmita, haciendo de tripas corazón, lo saludó con una amable sonrisa.

—Se nos hizo tarde, camarada.

—Yo no pertenezco a la Sección 16 —dijo mirando a Emmita con embeleso—, pero esos desgraciados de la CTM me robaron una semana de sueldo porque no estuve presente en la manifestación de *Papada*. Y no hay derecho, ¡palabra!

Llamaba “Papada” al candidato del Gobierno que tenía un cuello desdoblado en tres soberbios repliegues. Con ese sobrenombre era designado por el pueblo.

—Y vengo a ver si me topo con algún maje de éstos y nos damos un quemón...

Separó discretamente su overol a la cintura para mostrar una delgada y filosa hoja de acero que llevaba a guisa de cinturón.

—Que me registre la policía, a ver qué me encuentra.

Y replicó en su garganta una carcajada de bajo profundo.

—Agárrese bien, mi vida, para defenderla de los estrujones.

Tomó a Emmita por un brazo y la metió entre él y Zeta López.

Aunque el señor Roque olía mucho a sobacos, su ropa y sus alientos de viudo resucitado le daban cierto aspecto atrayente para las urgidas de marido.

Cuadraban, con su overol azul nuevecito, la corbata color de canario, sus gruesos zapatos amarillos y un pequeño sombrero punteado “muy riel”.

Cuando Pedroza y el agente de publicaciones llamaron a la casa de las Amézquitas, Rosita bajó corriendo y con muchos aspavientos —por hacerse más interesante— les enseñó unas hojas impresas.

—¡Nos estamos muriendo de susto! Lean nomás... La verdad, no nos animamos...

Pedroza rompió a reír:

—Son cosas de los diputados.

Se acercó a doña Concha, la mamá, y le dijo en voz baja:

—Los políticos son como las pirujas: se enojan porque no los ocupan.

La vieja torció la boca. Muchas veces había dicho a sus hijas que los ferrocarrileros eran gentes que, aunque sabían gastar bien el dinero, no tenían educación.

Se trataba de unos volantes en que se aconsejaba al pueblo se abstuviera de concurrir a la manifestación del general Almazán porque seguramente correría la sangre.

Con todo, los dejaron con doña Concha y entraron a ponerse su ropa de calle.

Las Amézquitas no querían acordarse más de su tierra, un pueblecillo de Jalisco, muy cerca de Guadalajara, desde donde dieron un salto mortal del lavadero y de la mesa de la plancha hasta los elegantes escritorios de acero de la Secretaría de Hacienda. Con la subida de Cárdenas a la Presidencia de la República, subió naturalmente el mosquero que lo rodeaba. Entre los más gordos iba el subdelegado de Hacienda del pueblo de las Amézquitas, muchachas famosas por bonitas, alegres y despreocupadas. Parece que el empleado había tenido sus dares y tomares con Cuca la mayor. Ello fue que con su ascenso se las llevó a la capital con doce y ocho pesos de sueldo respectivamente. Con tanto dinero las guapas ex-planchadoras perdieron el sentido del equilibrio.

Salían ya muy peripuestas cuando se presentó Chabelón de veinticinco alfileres. No hubo necesidad de presentaciones porque en seguida reconoció a las visitas como vecinos de la misma casa. Chabelón era motorista de los trenes urbanos y todo lo que ganaba lo gastaba en vestirse. Coqueteaba con todas las muchachas, pero sin llegar nunca a nada práctico ni definitivo, pues corno lo aseguraba Emmita, con conocimiento de causa, era “muy frígido”. Sin embargo, su cara de niño Dios, sus ojos de Dolorosa y sobre todo sus trajes bien cortados le daban partido entre las chicas.

Salieron. Cuca propuso que llegaran de paso a comprar unos caramelos para remojarse la boca a la hora de los *cocolazos*.

Alta, esbelta, de pelo crespo y muy negro, con un remolino hacia la sien derecha y un ricillo rebelde, tenía el gesto de la que está acostumbrada a mandar. Su peinado caído hacia el indomable mechón le daba un atractivo irresistible para sus amigos y era a la vez una llamada de atención para los extraños.

Rosita era el reverso de su hermana. Pequeña, menudita, de nariz levemente arriscada, ojos vivos y juguetones, especie de avispa sin aguijón, porque no lograba imponer terror a nadie.

Pedroza tornó el brazo de Cuca y Chabelón el de Rosita. El agente estaba habituado ya a su papel de San Camilo, encaminador de almas, y caminó impasible tras de ellos.

Pasaron por la plaza de la Revolución, desierta aún. Fotógrafos del Gobierno sacaban vistas para demostrar gráficamente al país y al extranjero el fracaso de los opositores; pero los periódicos, con perfidia de perfectos comerciantes, publicarían al día siguiente en su gran plana central y cara a cara las fotografías oficiales tomadas a las nueve de la mañana con una docena de gendarmes y docena y media de vagos y la tomada por los almanistas a las dos de la tarde con no menos de doscientas mil almas.

Al pasar frente a una cenaduría cerrada, Chabelón los detuvo:

—Vamos llegando a tomar algo. Vine sin desayunarme.

Tenía el secreto para violar los reglamentos de policía y no encontró dificultad para que se entreabriera una puerta por donde los cinco se deslizaron sin ser advertidos por nadie.

A medida que avanzaban Emmita y sus compañeros encontraban mayor resistencia en la muchedumbre que confluía hacia los patios de la estación. Ríos humanos se vaciaban en Buenavista, afluentes de las colonias vecinas. En la entrada a los andenes, bajo el gran cobertizo de hierro, los rieleros formaban, codo a codo, doble cordón para interceptar el paso a los que no pertenecían a su gremio.

—Sección 16 —dijo Zeta López con fanfarronería.

—Adelante, camaradas.

El cerco se rompió un instante para cerrarse de nuevo ante la avalancha que se precipitó sobre el boquete abierto.

Por lo demás, los esfuerzos encaminados a formar una valla cerrada al candidato, en previsión de los atentados del Gobierno, resultaron inútiles, porque la multitud se hizo incontenible; los que venían por Nonoalco en sentido inverso de los que llegaban por el frente de Buenavista provocaron una reventazón y todos quedaron revueltos. Hasta la brillante escolta de charros, que a buena hora se había apostado de uno y otro lado de la calle, luciendo sus magníficos caballos y sus lujosos arreos, quedó dispersa y sin posibilidades de reorganizarse.

—Y a todo esto, digo yo, ¿qué diablos venimos a hacer con tanto calor y entre tanta bola de gente?

—Emmita —explicó don Roque, el cabo de cuadrilla—, venimos a exigir que salga del Gobierno tanto ladrón.

—¿Qué tanto le ha robado, don Roque?

—El pan a cinco, la leche a cuarenta, los blanquillos a diez, ¿se te hace poco?

—Yo no sé que alguno de nosotros se esté muriendo de hambre.

—Tú no comprendes nada, Emmita. Dice bien don Roque: es necesario que bajen los artículos de primera necesidad. Como dice el señor Benavides: el obrero siempre debe estar en pie de lucha para un mejor “stock” de vida.

—¿Y qué es eso de “estoque”, Zeta López?

El garrotero se rio compasivamente.

—Que en vez de beber tepache tomes tu vaso de cerveza Monterrey, tipo *lager*; que en vez de ir a perfumarte con la peste del Majestic compres tu boleto de a dos pesos al cine Alameda.

Precisamente en el momento en que sintió que la mano de Zeta López abandonaba suavemente su brazo y se le escapaba.

Se le escapó.

—¡Zeta López!...

Su grito siguiendo a Zeta López se perdió en el tumultuoso oleaje humano.

Entonces don Roque, sin darle tiempo al tiempo, afianzándola mejor y previo un brutal suspiro, dijo:

—Emmita, tengo seis meses de viudo...

Hizo la sorda. Al cabo de cuadrilla se le fugaron las frases ya prevenidas. Pero, de todos modos, resuelto a no dejar las cosas pendientes, prosiguió con su mano libre su declaración de amor, con mucha elocuencia.

Emmita, agradecida, no le correspondió: ¡Ese canalla de Zeta López que había tenido el descaro de recomendárselo! “Hazle buen pasaje, Emmita. Saca sus cuarenta y cincuenta pesos semanales, aparte de buscas; es hombre que sabe gastar el dinero sin hacer pucheros y, ¡fíjate!, es el suegro del fogonero Pedroza...” “¡Y tú eres un mula, Zeta López! Palabra que no me hace falta abuelito.”

De la cenaduría las Amézquitas salieron algo achispadas. Rosita dijo que sería más “chic” ir a Xochimilco o al Desierto de los Leones en vez de meterse entre tanto pelado.

Porque ahora enorme muchedumbre se desparramaba por la explanada de la Revolución y ríos de gente confluían por las calles y avenidas. Ondeaban las banderas tricolores, los gallardetes, cabeceaban los estandartes de las agrupaciones obreras, estudiantiles y de otros gremios; en grandes cartelones aparecían nombre y retratos del candidato, bamboleándose sobre la apretada multitud de cabezas de hombres, mujeres y niños. A veces el vocerío tornábase en estrepitoso huracán de hurras y vítores.

—Adiós, camarada Benavides...

—¿Qué hace allá arriba?

—Calculo el número exacto de los concurrentes.

Las muchachas se rieron, diciendo que deberían llevárselo al manicomio. Trepado en una columna de tezontle, cerca del Monumento de la Revolución, papel y lápiz en las manos, estaba haciendo sus cálculos.

—Es hombre muy inteligente —dijo Pedroza—, pero tiene la caída de la borrachera y la agarra por semanas y hasta meses.

El agente de publicaciones siguió haciendo elogios como compañero y miembro del partido comunista...

Por la polvorienta calle del Encino venían las Escamillas del 40 en su vetusto Cadillac, conducido por Evangelina, la mayor de las muchachas. Asomaban sus cabezas por todos lados como los pollos bajo las alas de la gallina. Cinco Escamillas, sin contar a doña Tórtola, su madre, que ocupaba asiento por tres, ni a las dos amigas venidas ex profeso a la fiesta desde Azcapotzalco.

Al pasar el esperpento con muchos rechinidos cerca de las bodegas de Buenavista, dio de pronto una cabeceada y, sin que nadie se lo mandara, se paró bruscamente.

—Tiene esa maldita maña —dijo doña Tórtola, majestuosamente arrellanada en un cojín de hule agujereado que dejaba escapar puntas de paja y bolas de borra—. Apéense del auto y empújenlo, pues sólo así podremos ponerlo otra vez en movimiento.

No les molestó que algunos transeúntes se detuvieran, divertidos, a verlas sudando y pujando en la trasera del coche. Sólo delante de sus conocidos se ponían nerviosas y les hacían malas señas o

los alejaban a insolencias. Por eso el maquinista Campillo, que venía por la plataforma de las bodegas con algunos compañeros, pasó de largo como si jamás se hubiesen visto.

El auto comenzó a caminar. El problema ahora no consistía en que siguiera corriendo, sino en subir todas, antes de que se parara otra vez.

Doña Tórtola lo solucionó con un pensamiento oportuno:

—Arrimen el coche a la sombra y déjenme allí con su hermano. Al cabo la estación ya está muy cerca y pueden llegar a pie.

Hasta ese momento todo marchaba bien, los temores de una lucha sangrienta iban desapareciendo. La enorme cantidad de simpatizadores del candidato opositorista la hacía olvidar. Sin embargo, comenzaron a circular extraños rumores. Alguien dijo que en los balcones inmediatos a la calle de Buenavista, por donde habría de pasar Almazán con su comitiva, había políticos armados con ametralladoras. Corrió también la versión de que en Tlalnepantla había sido detenida una mujer que llevaba escondido un afilado puñal en un buqué de flores, destinado al candidato.

Pero no hubo una sola persona que diera media vuelta a su casa o se alejara de la multitud.

¿Atentado?

El agente de publicaciones sintió agotada su paciencia de perrillo faldero cuando de repente se le perdieron sus compañeras y se dijo: “¿Qué ando haciendo yo en esta fiesta de los reaccionarios?” “¿Qué van a pensar de mí los camaradas del partido?” Cerró los brazos, separó las piernas y como cuña, como “tanck”, se clavó en el colmenar.

Vadeaba ya felizmente las orillas cuando alguien lo reconoció:

—¡Miren... ese maje es comunista!

Y no tuvo tiempo de mirar al que lo decía porque un brutal puñetazo le apagó los ojos, haciéndole ver culebritas.

Su consuelo fue cerciorarse de que las Amézquitas no se encontraban cerca, pues se había conquistado con ellas la reputación de “muy pantera”.

Salía, pues, rugiendo y meditando una cruel venganza contra estos bandidos burgueses, cuando el cielo le deparó la mayor. Una nueva voz lo volvió a la vida:

—¿Quién te puso ese chipote en la cara, paisano?

Y una carcajada más cruel que un latigazo.

Se disponía a aderezar una explicación honrosa, pero su paisano lo tomó fuertemente por un brazo y lo obligó a entrar de nuevo a la bola.

—¿Qué vamos a hacer allí, mi coronel?

—Sígueme.

El coronel Piña Vega, amigo y paisano, es un viejo lobo de la política, de muchas influencias y con quien hay que estar bien, sobre todo ahora que anda de capa caída (su fidelidad al ex-Presidente Calles lo echó fuera del pesebre oficial), que es cuando a uno suelen hacerle caso.

—Tenemos que llegar hasta la plataforma y saludarle de mano al general Almazán. Urgentísimo... ¿comprendes?

Por un acto primo, el agente se dio el reculón y dijo:

—Pero es que yo no vengo armado ni con un alfiler...

—¡Qué idiota eres, paisano!... Pero no lo hurtas. Con razón te pusieron la marca en la cara.

El coronel estalló en una nueva carcajada que encendió en el agente el deseo de su venganza.

—Vamos adonde sea, paisano.

Y la multitud se los tragó.

El Monumento de la Revolución se levanta sobre cuatro colosales patas de cemento y hierro; cuatro arcos escuetos sostienen su gigantesco casco de acero. En la base de la cúpula, en cada uno de sus ángulos, sobresalen en altorrelieve bloques de concreto, cuerpos masudos, cabezas aplastadas, caras cuadrangulares y manos como sapos monstruosos acariciando barrigas repletas a reventar. Molesta un poco su simbolismo cruel; pero su bestialidad es casi sublime. Hay que convenir en que la interpretación ha sido un acierto y, desde muchos puntos de vista, genial.

—¡Mírenme dónde estoy!

—¿Haciendo cálculos, camarada Benavides?

—Muy sencillo, compañero Campillo. ¿Cuántos hombres caben en un metro cuadrado? ¿Cuántos metros cuadrados ocupan los manifestantes? Cálculo exacto, rigurosamente científico.

—¡Qué buena la trae el linotipista! —dijo el maquinista y siguió adelante, sin hacer más caso de él.

Tres poderosos aeroplanos rugieron casi al ras de la multitud. En sus enormes vientres plateados se leía en letras rojas: *Almazán*; descendió una fina lluvia de confeti, serpentinas, volantes con retratos y vítores al candidato.

Desde su parapeto de piedra el linotipista seguía escrutando la explanada y las avenidas inundadas de gente. Miraba la estatua de Carlos IV, el fondo verdinegro de la Alameda y el hormigueo humano velado por una cortina de polvo.

Removía los labios, hacía visajes, pero ni los mismos electricistas que cerca de él voltijaban en el aire, acabando de instalar los altavoces, le hacían caso.

Hubo un momento en que la policía fue impotente para contener la avalancha. Arremolinados en torno de la plataforma del Monumento, invadieron de pronto las escaleras, los pretils y hasta el mismo sitio resguardado para el candidato y los oradores.

Las Amézquitas venían arrepentidas y del humor más negro del mundo.

—¿Quién es esa cursi? —dijo Rosita a Chabelón que al pasar frente al German American Hotel saludó a una joven agitando al aire su sombrero.

—Es nuestra vecina, la señorita Angelita, del 22, que lo trae de cabeza hace tiempo —respondió Pedroza.

—No se fíe de él, Cuca. Todo lo que le va contando son papas. Está enamorado de Emmita, una sierpe de la vecindad...

Pedroza se molestó.

—¡Mientras Petrita me viva, seré incapaz de hacerle una perrada!

Las niñas lo miraron como a fenómeno de feria y prorrumpieron en descortés carcajada.

Pedroza era un sentimental y el recuerdo de su esposa en el hospital de Colonia, recién operada de un cáncer de la matriz, mientras él se paseaba alegremente, puso una lágrima en sus ojos. Hasta quiso contar la historia; pero Cuca le hizo comprender el ridículo que estaba haciendo. La cosa no pasó de allí porque entonces se encontraron con el señor Campillo y sus compañeros, a quienes presentaron con las muchachas.

—El señor Campillo, maquinista de pasajeros...

“O lo que es lo mismo —pensó Rosita—, más de mil pesos mensuales.” Y con cinismo admirable trocó el brazo de Chabelón por el del maquinista, diciendo, además, que el motorista era un fiñ de barrio.

Contra lo temido y esperado, la manifestación se verificaba sin choques, muertos ni heridos.

—Esto sucede siempre que el Gobierno no mete su cuchara en los actos espontáneos del pueblo —comentó uno de los compañeros del señor Campillo.

Y se acordaron de que desde la revolución de Madero hasta la última del general Escobar, invariablemente se había observado en ciudades, pueblos y rancherías que, en cuanto se quedaban sin policía, soldados o autoridades, la delincuencia, como por encanto, bajaba a cero.

—Es la demostración evidente de que los mexicanos sí estamos aptos para tener gobiernos honestos y civilizados.

—Y si no los tenemos es por nuestra propia culpa, por nuestro egoísmo, por nuestra apatía y por la falta de valor para arrojar a tanto idiota y canalla que se han apoderado de nuestro país.

En unas cuantas palabras compendiaron lo que en no menos de tres horas de literatura electoral repetirían los oradores de la oposición.

Eran viejos ferrocarrileros de la Sección 16, almazanistas de convicción y secretos enemigos del liderismo que los explotaba.

Pero hay gentes que todo lo entienden al revés. Unos choferes mugrosos, de frente peluda y estrecha, los estaban oyendo y los miraban con manifiesta prevención. Se secretaron tomando una actitud francamente provocativa. Por evitar un lance disparatado y ridículo, el maquinista Campillo pretextó tener que estar presente en sitio determinado con sus compañeros y se despidieron de las muchachas. Rosita hizo que el maquinista le prometiera ir a verla a su casa y tomó de nuevo el brazo de Chabelón con frescura.

Apenas se fueron a tiempo: los choferes borrachos ya se estaban aporreando, no habiendo encontrado oportunidad de reñir con otros.

Cruzaron de nuevo el cielo los aeroplanos aturdiendo a la multitud quemada por el sol; pero con ellos llegó una ráfaga de frescura y alegría.

—¡Almazán!

—¡Ya llegó!

—¡Ya está aquí!

Se oyó el pito enronquecido de una locomotora, luego otro y otro; los de todas las máquinas que estaban encendidas en los patios de Buenavista.

El nombre del candidato corría de boca en boca haciendo brillar la alegría en todos los rostros. El rumor creció como el de un mar embravecido. Sexos, edades, fisonomías, clases, todo se fundió en una masa movediza e informe, algo como una monstruosa gusanera.

—Anda, vamos pronto, que se nos pasa.

A fuerza de codos se abría paso entre insolencias e injurias.

—Tenemos que estar en primera fila.

El agente estaba terriblemente nervioso, porque el coronel Piña Vega no lo soltaba un instante.

“Está bien, yo no soy cobarde; pero pertenezco a un partido de acción social de la disciplina más estricta. Yo no puedo obedecer más órdenes que las que mi partido me dicte. Y si el coronel quiere algo con los reaccionarios que él se las arregle como pueda.”

Llegaban ya a la última fila en momento en que se acercaba el candidato entre una enloquecida multitud. El agente sintió que le temblaban las piernas e hizo un esfuerzo inaudito para desprenderse de su paisano.

—¡Qué majee eres, de veras! Quédate. Cueste lo que cueste, yo le daré la mano a Almazán, haré que se fije en mí, que me reconozca... Almazán es el que mañana tiene que partir el bacalao, idiota...

El agente, libre ya, respiró. Momentos después vio a su paisano de faz radiante entre los que acompañaban al general.

Emmita, chorreando sudor y colorete desleído, se encontró de pronto abandonada, en medio del oleaje incontenible. Lanzó un grito:

—¡Mi choclo!... ¡Desgraciados!, ¿quién me quitó un choclo?

A su chillido estridente siguieron muchas malas palabras. La hilaridad de algunos guasones la llamaron a la realidad. Buscó en vano a señor Roque. Pero pudo ver muy bien a Zeta López entre la bola bien prendido del brazo de Libertad Escamilla. ¡El muy mula! ¡Ya me la pagarás, desgraciado!

También a las Amézquitas se les perdieron sus acompañantes. Andaban pidiendo, por el amor de Dios, que las sacaran de aquel infierno de pies groseros y manos adelantadas.

El que llevaba el estandarte del “Centro de Intelectuales y Profesionistas” perdió pisada y habría sido despachurrado sin misericordia si

no lo hubieran levantado al punto dos robustos mozos. Al reconocerlo prorrumpieron en grandes risotadas: el portaestandarte de los intelectuales era canastero de “La Favorita, pan caliente a todas horas”.

Como payaso, las medias como tablero de ajedrez, cojeando por la falta de un choclo y bien magullada por los pisotones, Emmita logró salir, por fin, en la resaca.

Se encontró con las Escamillas, que al verla se desternillaron de risa. Salían también mostrando sus caras prietas chorreadas y sus vestidos hechos garras. Cuando se cansaron de reír, doña Tórtola la llamó, invitándola a llevarla en su coche.

El estruendoso Cádillac, sin paradas impertinentes, en una sola carrera las dejó hasta la puerta de la vecindad. Emmita, agradecida, prometió visitarlas.

Andaba ya en el patio el señor Benavides repartiendo abrazos e invitaciones a tomar la copa en su casa. Sin sombrero, sin chaleco ni corbata, abierto el cuello de la camisa, iba y venía, extrañamente regocijado.

—¡De la que te perdiste, buen anciano! Seis cupos de la plaza del Toreo (ni uno más ni uno menos). Conste que soy imparcial. Mis cálculos son ajenos a la política electoral. Seis cupos del Toreo para más fácil comprensión, amable anciano. Pero mis cálculos son más precisos: técnica rigurosamente científica, exactitud matemática, buen anciano.

El viejecito, que como de costumbre llegaba a esa hora de la calle con un saco de pita dejando asomar el cuello de una botella de leche y el extremo de un dorado bolillo de pan, sonrió con benevolencia e intentó proseguir su camino.

—¡Atención! —se le interpuso el ebrio—. Fíjese: ¡ni cuando entró Madero en triunfo a la capital! Doscientas cincuenta mil almas. A usted como persona mayor le habría encantado este espectáculo. Fraternalmente lo invito, venerable anciano, a tornarnos un buen vaso de vino generoso a la casa de usted.

El viejo se excusó con palabras que se le enredaban entre los bigotes grises.

—Tito, encárgate de este buen anciano —dijo el linotipista, distraído ya por el vistoso y ruidoso grupo de las Escamillas y sus amigas, a quienes se adelantó a saludar.

El llamado Tito era un fiñí almidonado y antipático que lo seguía siempre en sus borracheras. Amigo íntimo del señor Benavides y de la señora Joel, su esposa, frecuentaba la casa como de la familia. Su palabra, su gesto y sus maneras afectadas hacían el más rudo contraste con la naturalidad bonachona del linotipista. Trabajaba en los Talleres Gráficos de la Nación, como corrector de pruebas.

El viejecillo siguió hacia el fondo del patio, torciendo por el último pasillo. En la vecindad se le conocía como “el viejito de arriba”. Ocupaba un pequeño cuarto en la azotehuela, cerca de los lavaderos. No relacionaba con nadie, aunque era amable con todo el mundo. Lolita, la de las *jaletinas*, decía que escribía libros; Emmita aseguraba que platicaba con los espíritus de las nubes y de las flores (muchas veces lo había sorprendido removiendo los labios y sonriendo con las campánulas azules de la enredadera de la vivienda de la señorita Angelita), pero los más decían que estaba *lucas*.

—Déjenos en paz, señor Benavides, que ahora está aquí nuestro hermano Cuauhtémoc y es muy delicado —exclamó Evangelina con aspavientos, dejando al linotipista ebrio en la puerta de su casa.

Emmita, en cambio, le rogó que fuera a hacerle una visita: los domingos había siempre algo que beber.

Gracias a la prohibición de la venta de bebidas alcohólicas en días feriados, Emmita y su tía Tecla podían vivir con relativos decoro y honestidad. Una de las dos piezas de su vivienda se convertía en figón desde el mediodía de los domingos y con frecuencia se llenaba de clientes. Tortas y tostadas compuestas, barbacoa, picles y cebollitas en vinagre, pulque, cerveza y aguardientes, se les servía a los parroquianos sin peligro alguno, porque al vigilante del Gobierno se le tenía igualado con su *mordida* de cinco pesos a la semana.

Pedroza llenaba de pulque las jarras de vidrio verde, mientras Emmita las repartía.

—Si Almazán no triunfa, mano, es porque somos un pueblo muy cobarde y desgraciado —dijo Pedroza patético y a medios chiles.

—La esperanza muere al último...

—Tú no me respondas, Zeta López. A ti no te preocupa la redención de las masas ni el bien del conglomerado.

—Es un mula —agregó Emmita, muy resentida—, lo único que él cuida son los centavos.

En efecto, Zeta López, conforme a su costumbre, en cuanto los vio distraídos un momento, se escurrió.

Nadie tenía tanta fama de avaro y ruin como el garrotero. Prefería los sitios de recreo alejados de su barrio para gastarse su dinero en él solo.

—Tiene miedo de meterse en la política —prosiguió el fogonero Pedroza— por no perder la ocasión de ascender. Yo hice mi examen de fogonero y subí, pero nunca tuve que lambisconearle a esos líderes desgraciados.

Estaba presente el maquinista Campillo, llevado a la fuerza por sus compañeros. Como de costumbre, se mantenía discreto, observando y callando.

—La división es mala: debemos tener la conciencia de clase —habló otro—, porque sólo de esta manera podremos aumentar nuestro “stock” de vida.

Llegó el agente de publicaciones con media cara cubierta por un pañuelo rojo:

—Con el calor me dolió tanto una muela que tuve que rogarle a un dentista amigo que me la sacara.

A nadie le interesaron el sucedido ni su explicación, y el agente se quedó tranquilo y la charla se generalizó, en un ambiente pesado de vapores alcohólicos, humo de cigarros, respiración y fetidez humanas.

—Ahora no podrán negarme —dijo envalentonado el agente de publicaciones— que gracias a Cárdenas la manifestación de los reaccionarios se verificó sin derramamiento de sangre. Una palabra suya bastó para detener a las jaurías.

—¿Tú dices las jaurías, hermano?

Pedroza bailó de risa y le hicieron coro a sus carcajadas los de su mismo partido.

—¡Qué chiste! —observó Emmita muy seria, en la puerta de la cocina con el choclo viudo en la mano—, con un garrote y un taco de frijoles yo habría hecho lo mismo —y como todos hablaban sin hacerle caso, agregó—: Mientras ustedes averiguan, voy con Bartolo a ver si con él aparece mi otro zapato.

Y salió mirando la desolación de sus medias como telares y sus viejos choclos de tacones retorcidos y cuero muy arrugado.